

OCTUBRE “MES MISIONERO” 2024

Reflexiones diarias para las lecturas de la Santa Misa

¡Vayan e inviten a todos al banquete! Cf Mt 22,9

A petición de la Pontificia Unión Misional del Vaticano, han colaborado en la escritura de estas reflexiones:

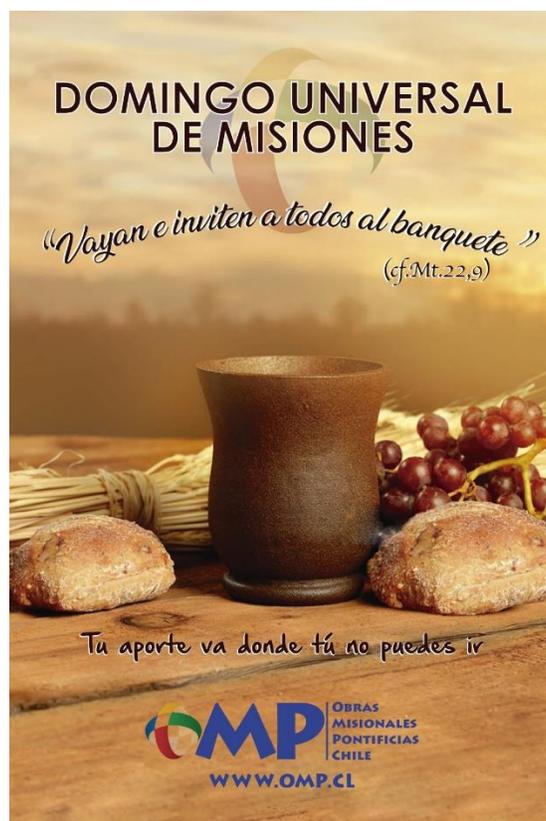
Para los días de la semana (de lunes a sábado):

1-14 de octubre: P. Karl Wallner, Director Nacional OMP, Austria

15 y 23 de octubre: P. Pierre Diarra

16-22 de octubre: P. Jafet Alberto Peytrequín Ugalde, Director Nacional OMP, Costa Rica

24-31 de octubre: P. Dennis C. J. Nimene, Director Nacional OMP, Liberia.



Martes, 1 de octubre de 2024
XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria de Santa Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia
Jb 3, 1-3, 11-17, 20-23; Ps 88; Lc 9, 51-56

Hoy marca el comienzo del Mes Mundial de las Misiones, que culminará con el Domingo Mundial de las Misiones. Desde hace muchos años, la "misión" es una preocupación importante de la Iglesia, de los Papas, de los obispos y de muchos movimientos... La buena voluntad está presente entre muchos. Entonces, ¿por qué se da tan poco?

Quizás nos falte un poco de la determinación y constancia de Jesús en el cumplimiento de su misión, de la cual escuchamos en el evangelio de hoy: "Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén". Y continuó el camino con perseverancia, pero también con paciencia con aquellos que no entendían ni compartían su misión, así como con los campesinos samaritanos que se negaban a aceptarlo. Así enseñó a sus discípulos la nueva actitud, la nueva forma de ver las "cosas nuevas" en el cumplimiento de la misión de Dios.

El Papa Francisco escribe en *Evangelii Gaudium* 22 que todo en la Iglesia debe ser misionero. ¿Y nosotros? Seguimos con muchas estructuras muertas, hacemos "lo mismo de siempre", aunque podemos ver que muchas cosas están desapareciendo. ¿Cuánta energía invertimos en nuestras parroquias y comunidades en cosas que no tienen afán misionero? Cosas que eran buenas y fructíferas hace 50 o 30 años quizá ya no lo sean hoy. Una iglesia misionera también debe tener el coraje de abandonar lo que está muriendo y atreverse a probar algo nuevo. Recordamos lo que Jesús dijo a quien quería seguirlo en el episodio evangélico inmediatamente posterior al de hoy: "¡Deja que los muertos entierren a sus muertos!" (cf. Lc 9, 60).

No es casualidad que el mes misionero de octubre comience con la fiesta de santa Teresa de Lisieux, que, desde niña, quiso seguir radicalmente a Jesús y lo hizo por gran amor hasta su temprana muerte. Menos aún es para nosotros una coincidencia que octubre no sea sólo el mes de la Misión Mundial, sino también el mes del Santo Rosario. Porque para aceptar la invitación de nuestro Señor a una entrega radical a Él y a su misión, necesitamos la oración y la intercesión de la mujer que dijo: "¡He aquí la esclava del Señor! Me pongo enteramente a disposición de la misión de Dios en este mundo".

Miércoles, 2 de octubre de 2024
XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria de los Santos Ángeles de la Guardia
Ex 23, 20-23; Ps 91; Mt 18, 1-5, 10

Pasamos los primeros 20 años de nuestras vidas aprendiendo a ser adultos. A medida que crecemos, adquirimos percepciones, educación, conocimientos y habilidades sin los cuales este mundo no funcionaría. Un mundo en el que sólo hubiera niños sería caos y anarquía. Entonces, ¿qué quiere decir Jesús cuando dice: "si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mt 18, 3)?

Jesús se refiere a dos actitudes. En primer lugar, la actitud de ser pequeños: no debemos creernos nada, no debemos sentirnos mejores que los demás. En el reino de los cielos de Cristo, los últimos son los primeros y los pequeños son en realidad los grandes. La segunda actitud que debemos aprender de los niños: los niños se dejan llevar. Incluso si a veces son testarudos y a menudo quieren salirse con la suya pronto: saben que necesitan ayuda de mamá y papá, ayuda "de arriba". Hoy es la fiesta de los santos ángeles custodios. Jesús dice de los niños que "sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial" (Mt 18, 10). La esencia de los ángeles es estar centrados en Dios. La misión de los ángeles hacia nosotros es orientarnos hacia Dios. Nuestras mentes deben centrarse en lo celestial, no en lo terrenal. Nuestra mirada debe estar fijada en la meta, en Dios, para que nuestra vida no se pierda en las sinuosas líneas de las trivialidades.

Como cristianos, necesitamos más que nunca a los santos ángeles para poder comprender mejor nuestra misión. El primer objetivo de la Iglesia debe ser difundir la fe en Jesucristo. Sólo Él es poderoso con su gracia; sólo es posible si somos pequeños y humildes. Y sólo podemos marcar una diferencia en este mundo si nos centramos en lo real y esencial: sólo en Dios. Querido ángel de la guarda, por favor ayúdame a ser humilde e infantil. ¡Y por favor dirige todos mis esfuerzos hacia Dios!

Jueves, 3 de octubre de 2024
XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Jb 19, 21-27; Ps 27; Lc 10, 1-12

Jesús envía a los apóstoles, y descubrimos que aquí se menciona un número inusual: no son 12 apóstoles, sino 72. Todo niño sabe que fueron 12 los apóstoles. 12 representa la plenitud de las tribus de Israel. El número es tan importante que tras la partida de Judas antes de Pentecostés, se añade Matías como el duodécimo. Y el número también juega un papel en la Iglesia actual, ya que el Papa se asegura de que siempre haya alrededor de 120 cardenales menores de 80 años, es decir, que estén autorizados a elegir al Papa.

Lucas describe el envío de los discípulos, y llama la atención que sean 72, no sólo 12, sino 5x12. Puede ser que el ilustrado Lucas esté aludiendo a los 72 eruditos judíos que se dice que tradujeron la Biblia hebrea al griego, razón por la cual esta traducción se llama simplemente "Septuaginta", que significa "setenta".

72 también significa simplemente que no son SÓLO los 12 apóstoles, que aparecen enumerados por su nombre en muchos lugares de los Evangelios, sino más. Y esto tiene algo que ver con nosotros como cristianos hoy: es erróneo pensar que SÓLO los obispos, SÓLO los sacerdotes etc. son enviados, hay MÁS. El magisterio de la Iglesia, los Papas, especialmente Francisco, no se cansan de decir que TODO bautizado ya tiene una misión en virtud del bautismo.

Estamos en el mes misionero de octubre y el evangelio es un examen de conciencia: ¿somos conscientes de que tenemos una misión; ¿somos conscientes de que dar testimonio del evangelio puede costarnos el honor? que nos puede costar tiempo y dinero, que nos puede costar superación; que tenemos que esperar el rechazo y el ridículo. Dejemos de recostarnos cómodamente y culpar a otros del declive de la fe cristiana:

Yo mismo debo finalmente hacer algo, he sido elegido por el Señor desde el bautismo, soy uno de los 72 a quienes el Señor dice aún hoy: "¡Ve! ¡Te estoy enviando!"

Viernes, 4 de octubre de 2024
XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria de San Francisco de Asís
Jb 38, 1,12-21; 40, 3-5; Ps 139; Lc 10, 13-16

No es difícil para nosotros, los cristianos de hoy, apreciar a san Francisco como un humilde "pobrecillo". En general, se aprecia el compromiso con los pobres, los enfermos y los desposeídos. Incluso personas alejadas de la fe y críticas con la Iglesia encuentran fantástico que los cristianos defiendan a los débiles y pobres.

Si no queremos simplemente "admirar" a san Francisco exteriormente, deberíamos mirar primero su amor por Cristo. La Madre Teresa, una versión femenina de Francisco, nos mostró este amor por Jesús: en la adoración ante el Santísimo Sacramento, mirando al Hijo de Dios, encontró la fuerza para cuidar de los moribundos que yacían como basura apestosa en las calles de Calcuta. Francisco era tan apasionado en su amor por Jesús que incluso grabó sus estigmas en su cuerpo. La oración y la Eucaristía no son un fin en sí mismas; con ellas nos unimos a Jesús y recibimos la fuerza para amar como él amó.

Ninguno de nosotros tiene una glándula hormonal que produzca "desinterés" y "devoción". Cuando amamos a Jesús, se abre en él un manantial que fluye a través de nosotros. Luego nos transforma en amantes. ¿Por qué? Porque el fuego que arde en el corazón de Jesús de repente arde en nosotros. Se produce una identificación que realiza Jesús: "Quien a vosotros escucha, a mí me escucha..." (Lc 10, 16).

Y luego la "misión" viene de forma bastante automática: porque si el amor de Jesús arde en ti, automáticamente tienes el deseo de transmitir su fuego. Esto significa que quien se une a Jesús y se deja herir por su amor tiene una misión, una misión. San Francisco se sintió impulsado a predicar el Evangelio y hablarle a la gente acerca de Jesús. Era tan "misionero" que fue a Egipto en 1219 y predicó sobre el Señor Jesucristo al sultán Malika Al Kamil.

San Francisco nos enseña que nuestra misión tiene su origen donde estamos en contacto con Jesús. Su misión es el amor. Y entonces nos convertimos en parte de su misión: a través de la caridad activa y el testimonio intrépido.

Sábado, 5 de octubre de 2024
XXVI Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria libre de santa Faustina Kowalska, virgen
Jb 42, 1-3, 5-6, 12-17; Ps 119; Lc 10, 17-24

Aquí están nuevamente los 72 que el Señor envió. No sólo 12 apóstoles, cuyos nombres conocemos bien y a quienes honramos como fundamentos de la Iglesia y origen del oficio de obispo y sacerdote. No, regresaron otros 60 discípulos anónimos. Estos anónimos y desconocidos son todos los bautizados, independientemente de que tengan responsabilidades especiales por la ordenación o por la vocación religiosa o incluso por un ministerio eclesial. ¡Todo bautizado es enviado, como subraya repetidamente el Papa Francisco!

Y los 72 tienen buenas noticias, porque los poderes del mal les obedecen en cuanto pronuncian el nombre de Jesús. Si queremos convertirnos en una iglesia misionera, entonces debemos darnos cuenta urgentemente de esto: NOSOTROS no hacemos el futuro de la iglesia, solo somos instrumentos. Somos sólo instrumentos. El Señor del cielo y de la tierra es nuestro Salvador, Jesucristo. ¡Cuando solo confiamos en nuestras propias fuerzas, solo pueden suceder cosas miserables y débiles! ¡Los humanos sólo pueden producir cosas humanas, pero Dios puede hacer cosas divinas!

Jesús concede a sus discípulos un poder que no proviene de ellos, sino de su presencia en nosotros. Por eso es bueno recordar a los santos de hoy: santa Faustina Kowalska tenía sólo 35 años, era una mujer débil que sólo por esto sabía: debo unirme completamente a Jesús, entregarme completamente a él. Y así, en su retiro en Varsovia, fue elegida por Jesús para ser misionera de la misericordia. Quería que todos los hombres, especialmente los alejados de Dios y los pecadores, experimentaran los rayos de gracia de la misericordia divina. Ella vivió, trabajó y oró por esto; Ella sacrificó su joven vida por esta causa.

Examinemos nuestra conciencia: ¿Estoy suficientemente "apegado" a Jesús? ¿Es importante para mí que sea predicado? ¿Quiero que todas las personas experimenten el amor misericordioso de Dios?

Lunes, 7 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria obligatoria de Nuestra Señora del Rosario
Hch 1, 12-14; Lc 1, 46-55; Lc 1, 26-38

Octubre es el mes de la misión mundial. Y es el mes del santo rosario. Originalmente, el rosario era una oración meditativa inventada en los monasterios para contemplar la vida de Jesús. Debido a que es una oración muy sencilla en la que sólo se repiten las oraciones básicas "Padre Nuestro", "Ave María" y "Gloria al Padre", pronto se hizo muy popular entre los hermanos laicos. Y luego, los dominicos, difundieron también el rezo del rosario entre los fieles comunes y corrientes. El cordón de oración que pronto surgió es una ayuda y un recordatorio para orar con regularidad. Es una coincidencia que en octubre coincidan el tema "Rosario" y "Misión Mundial". Misión no es colonización; La misión no es la expansión imperial de una ideología religiosa que se siente superior a las demás. La misión es la humilde invitación a abrirnos a Dios, que quiere redimirnos y sanarnos. María se abre a esta invitación, que le hace el ángel Gabriel. "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38).

En 1822, la beata Pauline Marie Jaricot (1799-1862) fundó una asociación llamada "Sociedad para la Propagación de la Fe". Quería recolectar donaciones y oraciones para las misiones. En 1826, fundó el "Rosario Viviente" y, hasta el final de su vida, reunió a más de 2 millones de franceses que rezaban una decena del rosario cada día por la misión mundial. La obra de la Beata Paulina María Jaricot fue elevada a la categoría de "Obra Misional Pontificia" por Pío XI en 1922. Es sorprendente que las obras del Papa para las misiones mundiales no surgieran de una estrategia vaticana, sino de la iniciativa de oración de una joven, ¡una laica!

Si queremos ayudar a la misión mundial, ¡debemos orar! Sin oración no hay misión, porque el Espíritu Santo es -como dice repetidamente el Papa Francisco- el motor de la misión mundial. Nuestra oración del rosario también se vuelve "brillante" cuando la rezamos con espíritu misionero: por los muchos que aún no conocen a Cristo. Y para nosotros en Europa: especialmente para los jóvenes, para que reconozcan el sentido último y la razón de su vida en el Dios a quien María dijo: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38).

Martes, 8 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 1:13-24; Ps 139; Lk 10:38-42

Recordémoslo: Dios mismo es el Señor de la historia, obra su salvación. Él espera que cooperemos, pero es absolutamente erróneo si pensamos que NOSOTROS tenemos que redimir y salvar al mundo. Hoy todos corremos el peligro de caer en la falsa doctrina de Pelagio, quien en el siglo IV pensaba que sólo teníamos que arremangarnos y entonces lograríamos salvar nosotros mismos al mundo y a la Iglesia. Sin gracia. San Agustín, que ya había experimentado la superioridad de la gracia en el momento de su conversión, criticó a Pelagio. ¡Y con razón!

Sólo podemos cambiar el mundo con la ayuda de Dios; sólo confiando en su obra, en su ayuda, en su gracia. El "¡sí podemos!" que los políticos han utilizado como eslogan en los últimos años como motivación debe complementarse urgentemente con una visión cristiana: "¡Sí, podemos, con la ayuda de Dios!"

Ayer fue la fiesta del Rosario y recordamos que la misión necesita oración. Una vez más: no somos los amos del mundo, solo somos colaboradores en la obra de Dios. Necesitamos al Dios a quien los Salmos ya reconocen el dominio sobre toda la tierra.

Los Padres de la Iglesia son unánimes al decir que el Evangelio de hoy nunca debe interpretarse como si Marta hubiera hecho algo mal o incluso demonico. Marta trabaja por amor: cocina, cuida, hace el bien a su huésped, a Jesús. María, en cambio, simplemente se sienta a los pies de Jesús y lo escucha; ella está completamente concentrada en él, el divino Salvador. La lección que Jesús le da a Marta es una lección que le da a los pelagianos de hoy, quienes piensan que podemos hacerlo y arreglarlo nosotros mismos.

En octubre, Mes Mundial de las Misiones, tenemos muchas ideas, muchas iniciativas, muchos eventos para cuidar el futuro de la Iglesia. Eso está bien. Pero también es necesario que nos "abandonemos". No somos nosotros quienes creamos el futuro de la iglesia, sino el Señor mismo. Sin el servicio de Marta, por supuesto, la iglesia no funcionará, pero si falta la prioridad de escuchar y confiar en Jesús, no lo lograremos.

Miércoles, 9 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 2, 1-2, 7-14; Ps 117; Lc 11, 1-4

Los discípulos le piden a Jesús que les enseñe a orar. Jesús responde inmediatamente y con alegría. Y les enseña una breve oración de súplica a Dios, su Padre, que es también "nuestro Padre". Debemos señalar que ésta es realmente la única oración que Jesús enseña personalmente a sus apóstoles, incluyéndonos a nosotros.

Los judíos conocían muchas formas de oración: acción de gracias, alabanza, petición, adoración, etc. Los Salmos ofrecen un amplio espectro de oración. Por tanto, es tanto más interesante que Jesús enseñara a los discípulos una oración de petición. En el Evangelio de Mateo, el Padrenuestro consta de siete peticiones; Aquí en Lucas encontramos cinco peticiones.

En los últimos años, la oración de petición ha entrado en crisis. Es filosóficamente difícil entender por qué una personita debería pedirle algo a Dios, que de todos modos lo sabe y lo puede todo... ¿Qué sentido tiene? Por influencia de la religiosidad oriental, que se ha vuelto cada vez más popular en los últimos 50 años, "orar" se ha entendido más como un alivio subjetivo de uno mismo. La "oración" como algo que es sobre todo "bueno para mí". A través de la oración, no nuevo a Dios a hacer algo, sino que me cambio a mí mismo.

En realidad, esto es un ateísmo latente, porque ya no confiamos en que Dios haga nada en este mundo. La oración de súplica sólo tiene sentido en mí, en el cambio de mis actitudes, de mis estados de ánimo. Pero, ¿realmente Jesús enseñó a sus discípulos estas grandes peticiones del Padrenuestro sólo para que pudieran tranquilizarse...? ¡Claramente no! Jesús espera todo de Dios, su Padre, y quiere que nosotros hagamos lo mismo. ¡Por supuesto que Dios no necesita nuestras oraciones! Pero él las QUIERE. Por eso Jesús dice: "Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá" (Mt 7, 7).

En el mes misionero de octubre, debemos rezar conscientemente el Padrenuestro por la misión mundial. Todas las peticiones del Padre Nuestro tienen una dimensión misionera: misión significa querer que el nombre de Dios sea santificado, que el Reino de Dios amanezca en el corazón de los hombres; para que todos vivan con justicia y tengan el pan que necesitan; que llegue el perdón misericordioso y que Dios ponga fin a la guerra, la discriminación, el hambre, la violencia y la destrucción de nuestro hábitat, la tierra...

Jueves, 10 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 3, 1-5; Lc 1, 69-75; Lc 11, 5-13

Hay decenas de pasajes en el Evangelio donde Jesús promueve intensamente la oración petitoria. Hoy Jesús nos motiva no sólo a orar persistentemente, sino también a no tener miedo de molestar a Dios con nuestras peticiones.

La lección que Jesús nos está dando hoy fue precedida por algo: sus discípulos le pidieron a Jesús que les enseñara a orar. Jesús les hace una oración, una oración de petición: El Padrenuestro consiste sólo en pedir. Jesús no les enseña alabanza, acción de gracias, adoración... sin duda quiere que nosotros hagamos lo mismo, porque él mismo practica todas las formas de oración. ¡Pero principalmente les enseña a hacer grandes peticiones a Dios! Y nos asegura firmemente que seremos escuchados. ¡Es por eso que la Iglesia también enseña que cada una de nuestras oraciones será atendida! Por supuesto, siempre de acuerdo con la voluntad de Dios, porque sólo Él sabe lo que es mejor para nosotros.

Para él es importante que nuestra oración sea "perseverante". Pero debemos tener en cuenta: cuando le pedimos a Dios, no debemos esperar que Dios sea especie de máquina de Coca-Cola en la que inserto mis oraciones como una moneda de 2 euros. Y entonces la lata de cola sale rodando inmediatamente... Perseverancia significa que realmente que tengo que involucrarme en una especie de lucha con Dios, que tengo que poner toda mi confianza en Dios. Esto requiere tiempo, paciencia, perseverancia e incluso terquedad.

Hay un ejemplo célebre de oración persistente que también fue "misionera". La "misión" de santa Mónica era llevar a su hijo Agustín a Cristo. Ella oró y sufrió por él durante muchos años. Podemos modificar la respuesta que le dio un sacerdote: "¡Vete en paz, un niño de tantas lágrimas no se puede perder!": "Alguien por quien se reza tanto no se puede perder".

¡Jesús quiere motivarnos tanto a orar que incluso nos motiva a molestar a Dios, a ser insistentes! ¡Esto significa que nunca pides demasiado, nunca oras demasiado! Esto es particularmente importante para la misión mundial porque a menudo hemos descartado a personas. Corremos el peligro de resignarnos simplemente al hecho de que tanta gente en este planeta aún no conozca a Cristo; y que muchos de los que han sido bautizados vivan como paganos. No, esa resignación no es cristiana. Llamemos de nuevo a la puerta de Dios nuestro Padre que está en el cielo y pidámosle encarecidamente que todos los hombres puedan experimentar la salvación.

Viernes, 11 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 3, 7-14; Ps 111; Lc 11, 15-26

Estamos en el mes mundial de las misiones, cuyo punto culminante es el Domingo del DOMUND. La Iglesia lo celebra desde 1926, cuando el mundo y la Iglesia se encontraban en una época endemoniada. Los demonios del nacionalismo habían conducido a la primera gran guerra mundial y con su terminación, los demonios no habían desaparecido en modo alguno, sino que arrasaban aún con más ferocidad, alimentados por terribles crisis económicas. Durante este tiempo, el Papa Pío XI (1922-1939) se opuso a las hostilidades y rivalidades de las naciones contra la autoridad de Cristo. Su lema es programático y dice: "Pax Christi in regno Christi - ¡La paz de Cristo en el reino de Cristo!"

Uno de los exorcismos de su tiempo fue la fundación de las Obras Misionales Pontificias en 1922, donde transformó tres asociaciones misioneras nacionales francesas existentes en una organización "papal", universal. La Iglesia fue un actor de globalización desde el principio, trascendiendo todas las fronteras raciales, étnicas y políticas. La lista de 17 (!) grupos étnicos que se reúnen alrededor de Pedro y los discípulos llenos del Espíritu en Pentecostés (Hechos 2, 9-11) es testimonio de esto.

En el Evangelio de hoy, Jesús habla de expulsar demonios. Dice de sí mismo: "si yo echo los demonios con el dedo de Dios, entonces es que el reino de Dios ha llegado a vosotros" (Lc 11, 20). No cometeremos el error de siglos anteriores, cuando la iglesia con sus instituciones, jerarquías y órganos, estaba virtualmente identificada con el reino de Dios. La iglesia no es el reino de Dios. Pero sirve al reino de Dios, a su reinado en el corazón de todos los pueblos y en la unión de todos los pueblos.

Pío XI no sólo fundó las Obras Misionales Pontificias en 1922, sino que también introdujo el "Domingo Mundial de las Misiones" en octubre de 1926, en aquel momento como preparación a la Fiesta de Cristo Rey, que, en 1925, estableció se celebrase el último domingo de octubre. Se trata de un signo de solidaridad mundial entre los cristianos católicos que oran con y por los demás. Se trata de solidaridad, de recaudar apoyo financiero en todas las iglesias del mundo y de crear un equilibrio justo dentro de la Iglesia. El Domingo Mundial de las Misiones echa de nosotros, los católicos, los demonios de la "autorreferencialidad" (Papa Francisco). Abre nuestros corazones y los abre a la solidaridad global. Hoy en particular, el Domingo Mundial de las Misiones es una contribución importante para garantizar que "la paz de Cristo esté presente en el reino de Cristo" (Pío XI).

Sábado, 12 de octubre de 2024
XXVII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 3, 22-29; Ps 105; Lc 11, 27-28

¿Qué pasa con nuestra devoción a María, la Madre de Dios? Es un fenómeno psicológico normal: si eres "fan" de alguien, automáticamente desarrollas una devoción por su madre. En otras palabras, cuando el hijo se convierte en una estrella, esto automáticamente implica a la madre, como lo demuestra un vistazo a la historia familiar de Elvis Presley, Michael Jackson o Elton John... Pero nuestro Señor y Salvador no quería ser "Jesucristo SuperStar" al estilo de Andrew Lloyd Webber, y tampoco quería eso para su madre ni para sus discípulos. Ser adorado en el exterior siempre fue demasiado poco para él. Y aun así, no lo rechazó porque no había venido a combatir los fenómenos psicológicos naturales, sino a elevarlos a lo sobrenatural. Por lo tanto, no se defendió de la adoración personal, de la simpatía y la "adulación" que se le mostraba. Permite que la multitud lo salude como a un héroe cuando entra a Jerusalén. Pero su motivo para ir a Jerusalén no es establecer un culto a las estrellas a su alrededor, sino para que un soldado que lo apuñale en el corazón en la cruz pueda decir: "¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios!" (Mc 15, 39) Y a partir de ese momento, millones y miles de millones de personas profesarán su fe en él.

Podemos; podemos y debemos amar a María con todos nuestros afectos. Lo femenino y lo materno también juegan un papel, porque cada persona tiene una relación especial y naturalmente tierna con su madre. ¡Eso está permitido! Sí, su vientre es bendito porque se le permitió llevar dentro de sí a quien los cielos no pueden contener. Sí, su pecho está bendito porque se le permitió amamantar con la leche de su madre a quien quiere ser alimento para todos nosotros en la Eucaristía. Jesús se encarnó para poder abrazar a esta mujer cuando era un bebé, a quien luego nos entregaría como madre en la cruz. El Vaticano II dice de él: "Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre" (Gaudium et spes 22).

Lo natural es el requisito previo de lo sobrenatural. Si amamos a Jesús, automáticamente amaremos a aquella que hizo posible su encarnación y que le sirvió como ningún otro ser humano. Pero una "adoración" de María sería demasiado poco. Jesús quiere discipulado, Jesús quiere imitación. San Bernardo de Claraval (+1153) dice: "Invoca a María, piensa en María. No dejes que su nombre abandone tu corazón. ¡Sobre todo, no os olvidéis de imitar su ejemplo!"

Lunes, 14 de octubre de 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Gal 4, 22-24, 26-27, 31-5:1; Ps 113; Lc 11, 29-32

En el Evangelio de hoy, Jesús pronuncia una palabra demoledora: "Esta generación es mala..." Si dijo esto a sus oyentes hace 2.000 años, ¡cuánto más a los nuestros! Las guerras, la explotación de la naturaleza, la pobreza y el hambre continuos en grandes partes del mundo, una economía global injusta... nos entristecen, incluso nos deprimen. Y los católicos tampoco estamos en una fase de optimismo. Hay mucha incertidumbre en la Iglesia sobre cómo afrontar los cambios. La comprensión del matrimonio y de la familia, la protección de la vida no nacida, la dignidad e inviolabilidad del ser humano hasta la muerte natural, etc. Lo que antes parecía claro, de repente se ha vuelto turbio.

Una iglesia misionera debe enfrentarse con la realidad. El organismo de este mundo sufre de muchas enfermedades. Sin diagnóstico, no hay cura. Por lo tanto, es nuestro deber contradecir desde la luz del Evangelio cuando la gente intenta vendernos a lo blanco como negro y a lo negro como blanco. Los valores del Evangelio son claros y nos permiten emitir un juicio: "¡Esta generación es mala!" Jesús lo dice muy claro y apodíctico.

También nos gustaría una señal. Hay un gran anhelo en la iglesia por una "poción mágica", como en la historia de "Astérix y Obélix". Un sorbo y los cristianos volveremos a tener éxito... Algunos en la iglesia quieren volver a las viejas costumbres, otros quieren ser "modernos" y adaptarse al espíritu de los tiempos. Ni lo uno ni lo otro nos llevarán al futuro.

Jesús responde a la generación de hace 2.000 años, que exigía signos milagrosos terrenales para tener éxito en la tierra, con una invitación al arrepentimiento. ¿A dónde debería dirigirse la generación malvada? ¡A Jesús! Se señala a sí mismo: ¡He aquí uno que es más que Salomón! ¡Aquí hay uno que es más que Jonás! Aquí hay quien abre la puerta al corazón del Padre.

Sólo podremos cambiar el mundo si nos convertimos a Jesús y su "programa". Por supuesto que los cristianos queremos cambiar, mejorar y sanar este mundo terrenal. Jesús también hizo eso. Pero el éxito terrenal es temporal. Jesús obra la plenitud de la redención a través de su muerte. Lo real que Jesús quiere traer a un mundo tan lleno de miseria es amor y justicia. O en sus palabras: "Mi reino no es de este mundo" (Jn 18, 36).

Martes, 15 de octubre de 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario - Año B
Memoria obligatoria de santa Teresa de Jesús, virgen y doctora de la Iglesia
Gal 5, 1-6; Ps 119; Lc 11, 37-41

Las palabras dirigidas a los fariseos son fuertes, desafiantes, pero hay que escucharlas con especial atención. Escuchemos nuevamente estas palabras: "Vosotros, los fariseos, limpiáis por fuera la copa y el plato, pero por dentro rebosáis de rapiña y maldad. ¡Necios! El que hizo lo de fuera, ¿no hizo también lo de dentro? Con todo, dad limosna de lo que hay dentro, y lo tendréis limpio todo" (Lc 11, 39-41). ¿Qué hay que limpiar? ¿El interior o el exterior? Dentro de vosotros estáis llenos de avaricia y de maldad... El problema no es el exterior, la apariencia, sino nuestro corazón, todo el mal que en él podemos esconder: la avaricia, la maldad y toda clase de malos pensamientos.

En efecto, el Señor nos invita a reflexionar sobre nuestra hipocresía, sobre nuestras apariencias, sobre todo lo que hacemos para quedar bien, mientras nuestro corazón no corresponde a lo que presentamos exteriormente. Nos invita a cuidar nuestro corazón, lo que nos hace profundos en nuestro ser. Como siempre, el Señor nos invita a una conversión radical. Aquí propone que demos todo lo que tenemos como limosna y todo nos quedará limpio. Ya no queremos aferrarnos a más y más, acumular riquezas o quedar bien, a riesgo de ser egocéntricos.

El Señor nos invita así a la limpieza, pero no a cualquier limpieza. No se trata de un formalismo legal, de abluciones repetidas, de lavados cuidadosos o incluso de alejarse de los pecadores que parecen rezumar impureza. No se trata de evitar las tumbas y la contaminación casual. La única limpieza es la del interior, explica Jesús: nada de lo que viene de fuera puede contaminar al hombre, porque es de dentro, del corazón de los hombres, de donde surgen los designios perversos (Mc 7, 14-23). Esta es una enseñanza nueva y liberadora que a los discípulos les resulta difícil captar, comprender. Sin duda es más fácil para cada uno de nosotros lavar el exterior que limpiar el interior, nuestros pensamientos íntimos, nuestro corazón y todas las maldades que puede contener, todo el mal que muchas veces deseamos a los demás.

Lo que aquí se pone de relieve es la sencillez de la fe y del amor, la dirección hacia la que deben gravitar los discípulos, es decir, el corazón puro: bienaventurados los limpios de corazón, ellos verán a Dios (Mt 5, 8). Esta pureza es la del centro de la persona, encerrado en la palabra espíritu. Los pobres de corazón son también pobres de espíritu. Es el centro y el todo de la persona. Pensemos en el Salmo 34, 19 donde está escrito: "el Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos". Estos pobres forman parte de la gran familia de aquellos que han sido sometidos a pruebas materiales y espirituales y sólo pueden contar con la ayuda del Señor. Cada uno de ellos puede decir con seguridad: "yo soy pobre y desgraciado, pero el Señor se cuida de mí" (Sal 40,18).

La evangelización de los pobres, con milagros, es el signo dado por Jesús a los enviados por Juan Bautista, para que reconozcan que él es el Mesías esperado (Mt 11, 5). El pobre espera la salvación del Señor y, confiadamente, espera y realiza la voluntad de su Señor. Su alma responde a sus deseos y mandatos. Está seguro de que su clamor y oración llegarán al oído del Señor que lo salvará según su promesa. Ya puede cantar las alabanzas del Señor.

Fue para que fuéramos libres que Cristo nos hizo libres, explica el apóstol Pablo. Por lo tanto, estamos invitados a mantenernos firmes. No dejéis que vuelvan a someteros a yugos de esclavitud (Gal 5, 1), explica el apóstol. Para ver a Dios, para presentarse ante Él, ya no en su templo de Jerusalén, sino en su Reino, la pureza moral en sí misma ya no basta. Requiere la presencia activa del Señor en la vida diaria; requiere amor, la presencia de Dios-Amor; entonces el Hombre será puro de principio a fin. De hecho, Jesús explica a sus apóstoles: "vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Jn 15, 3). "Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios" (Jn 13, 10).

Hablando de comida, Pedro llega a una triple conclusión. Ya no hay alimentos impuros (Hechos 10, 15; 11, 9); los mismos incircuncisos ya no están contaminados (Hechos 10, 28); es por la fe que Dios purifica ahora los corazones de los gentiles (Hechos 15, 9). Pablo aclara esta cuestión de la pureza afirmando que para el cristiano "nada es impuro por sí mismo" (Romanos 14, 14). Desaparecido el régimen de la antigua Ley, las observancias de la pureza se convierten en "prescripciones infantiles" de las que Cristo nos ha liberado (Gal 4, 3, 9; Col 2, 16-23). Cristo se entregó por la Iglesia para santificarla purificándola con el baño del agua (Ef 5, 26). No se trata de purificación externa, pues las aguas del bautismo nos liberan de toda mancha asociándonos a Jesucristo resucitado (1 Ped 3,21ss). En efecto, somos purificados por nuestra esperanza en Dios que, por medio de Cristo, nos ha hecho hijos adoptivos (1 Jn 3, 3). Como cristianos, debemos, de ahora en adelante, purificarnos de toda contaminación del cuerpo y del espíritu para poder completar la obra de nuestra santificación (2 Cor 7, 1). Todo es limpio para los limpios (Tit 1, 5) y ahora lo que cuenta ante Dios es la disposición profunda de un corazón regenerado y renovado (1 Tim 4, 4). El amor que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera (1 Tim 1, 5). ¡Qué gozo es servir al Señor con conciencia limpia! (2 Tim 1:3) Lo opuesto a la impureza es la santidad (1 Tes 4, 7; Rom 6, 19). De hecho, estamos invitados a ir al encuentro de Cristo, muerto y resucitado; es él quien nos purifica y nos libra de todo mal.

¿Cómo podemos evangelizar si nos apartamos de las personas que consideramos impuras, pecadoras y contaminadas? ¿Cómo podemos evangelizar si no acudimos a nuestros contemporáneos, a nuestros hermanos y hermanas humanos, cualesquiera que sean sus convicciones religiosas y grados de santidad? Corresponde a cada uno de nosotros, discípulos-misioneros, dejar brotar de nuestro corazón puro la justicia y la fe, la caridad y la paz, sin olvidar el dinamismo misionero. El Espíritu nos es dado para progresar por el camino de la santidad, del amor y de la justicia. La Iglesia nos ofrece los sacramentos y otros medios para seguir al Señor Jesús. Vosotros que buscáis la justificación por la Ley, si os habéis separado de Cristo, estáis caídos de la gracia si no confiáis en la misericordia y la ternura de Dios, si no creéis en el Espíritu

santificador. Discípulos de Cristo, es por el Espíritu y en la fe que debemos esperar la justicia esperada y crecer en la santidad. Porque en Cristo Jesús lo que vale no es el hecho de estar circuncidado o no, sino la fe que obra por la caridad.

Miércoles, 16 octubre 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Gál 5, 18-25; Sal 1; Lc 11, 42-46

Jesús en el Evangelio dirige el discurso a los líderes, a los animadores de la experiencia religiosa de Israel. Su forma de hablar es de carácter profético y para ello recurre al uso de los “ayes”, que indican oráculos de desventura y por tanto señalan comportamientos de un camino de perdición. Se tratan de advertencias, al igual como Pablo señala a los Gálatas en la primera lectura las “obras que proceden del desorden egoísta del hombre”, y que los alejan del Reino de Dios.

Estos vicios hacen perder la vida del Espíritu, y contrastan con los frutos que desde una vida espiritual se esperan, a saber: “el amor, la alegría, la paz, la generosidad, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio de sí mismo”.

Detengámonos ahora en cada uno de los comportamientos y actitudes que Jesús quiere corregir para que se redireccionen en armonía con el Reino:

“¡Ay de ustedes, fariseos, porque pagan diezmos hasta de la hierbabuena, de la ruda y de todas las verduras, pero se olvidan de la justicia y del amor de Dios!” (11,42a).

Jesús no está atacando la Ley en sí (ver Dt 12,22; Lv 27,30), sino más bien la manera y la razón de exigirla. Los fariseos les han puesto un excesivo celo a las exigencias y han caído en un “detallismo” que los lleva a perder el verdadero sentido de lo que hacen. Esto los lleva a olvidar lo que importa es el Amor de Dios y la Justicia con los hermanos.

A propósito de esto el Papa Francisco nos ha recordado la correcta gradualidad en la predicación del Evangelio:

“Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante”. (EG 35).

“¡Ay de ustedes, fariseos, porque les gusta ocupar los lugares de honor en las sinagogas y que les hagan reverencias en las plazas!” (11,43).

El ser líder religioso otorga cierto prestigio, y un gran peligro es buscar honores o privilegios. En

este caso se piensa en sí mismo, en la propia imagen, en el esfuerzo por que los demás los consideren puros y justos, como gente buena. Esta actitud puede hacer perder el sendero misionero y afectar seriamente el anuncio del Evangelio:

De nuevo el Papa Francisco nos ilumina:

La centralidad del kerygma demanda ciertas características del anuncio que hoy son necesarias en todas partes: que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa que no reduzca la predicación a unas pocas doctrinas a veces más filosóficas que evangélicas. Esto exige al evangelizador ciertas actitudes que ayudan a acoger mejor el anuncio: cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena. (EG 165).

“¡Ay de ustedes, porque son como esos sepulcros que no se ven, sobre los cuales pasa la gente sin darse cuenta!” (11,44).

Probablemente esta sea una de las advertencias más graves. Hace eco de la exigencia de pureza en los cementerios según Nm 19,16, según la cual tocar un sepulcro era causa de impureza, razón por la cual había que hacerlos más visibles con la pintura blanca. Lucas interpreta de una manera novedosa: los sepulcros son los líderes religiosos que se destacan (“blanqueados” es una referencia a la visibilidad de que habla el segundo “¡ay!”) y la gente que los rodea continuamente para escuchar sus enseñanzas son los que quedan impuros, porque en el contacto con ellos se contaminan de sus vicios sin darse cuenta. Un evangelizador que no sea fiel al Evangelio puede distorsionar el mensaje y desviar el camino de otros.

“¡Ay de ustedes también, doctores de la ley, porque abruman a la gente con cargas insoportables, pero ustedes no las tocan ni con la punta del dedo!” (11,46).

Los legistas, a quienes se dirige este último “¡ay!” que consideramos hoy, eran reconocidos por su interpretación rigurosa de la Ley, a ella le agregaban algunas obligaciones que no tenían justificación. Pero ellos, por su parte se las arreglaban astutamente para no hacer lo que le mandaban hacer a los otros. Este “ay” llama la atención a la necesidad de coherencia y compromiso personal con aquello que predicamos.

Acojamos este día en el corazón la exhortación de San Pablo, pues: “Si tenemos la vida del Espíritu, actuemos conforme a ese mismo Espíritu”.

Jueves, 17 octubre 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B
San Ignacio de Antioquía, Obispo y mártir
Ef 1, 1-10; Sal 97; Lc 11, 47-54

Hoy conmemoramos a San Ignacio de Antioquía, Obispo y mártir, y las lecturas nos permiten acercarnos al misterio de la vida del profeta-mártir, del apóstol-mártir. Aunque el evangelio es secuencia del que leímos ayer, el tono dramático hoy es mayor; es tan fuerte que al final Jesús resulta atacado insidiosamente por parte de los escribas y fariseos que lo han invitado a la comida. Recordemos el contexto: Jesús había sido invitado a comer en casa de un fariseo y su anfitrión parece sorprendido porque Jesús se ha saltado las abluciones rituales, los lavabos antes de comer. Esta cena parece narrada teniendo en vista el denominado simposio griego o sea una comida solemne en la que los invitados en cuanto comían y bebían debatían sobre cuestiones filosóficas. El narrador de Lucas se vale de este escenario tan conocido por sus lectores.

“¡Ay de ustedes, que les construyen sepulcros a los profetas que los padres de ustedes asesinaron! Esta acusación de perseguir y matar a los profetas, que son la conciencia de todo un pueblo viene haciendo camino en este evangelio de Lucas desde el Sermón de la Llanura (Lc 6, 22-23) y va a ser retomado en Hechos de los Apóstoles (Hch 7, 52). Jesús se identifica precisamente como un profeta (Lc 4, 24; 13, 33-34).

La acusación de construir tumbas a los profetas es toda una instigación que Jesús enseguida clarifica con la observación de que la generación actual no es mejor que la anterior, y no hace más que dar continuidad a la matanza sistemática de profetas y enviados de Dios. Precisamente por esta continuidad el hecho de construir sepulcros monumentos y placas como homenaje a los profetas asesinados resulta ser un modo para celebrar su muerte violenta y por lo tanto, aprobarla. “ Por eso dijo la sabiduría de Dios: Yo les mandaré profetas y apóstoles, y los matarán y los perseguirán, para que así se le pida cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la creación del Mundo”.

Jesús atribuye una cita a la Sabiduría de Dios; lo curioso es que el dicho citado no lo encontramos ni en el Antiguo Testamento ni en los otros escritos peri testamentarios. Se podría percibir aquí una invitación para identificar al mismo Jesús como esa sabiduría personificada.

Jesús predice Entonces el asesinato de algunos de sus misioneros, incluso la suya propia. Pero estas muertes, dice el Señor, no caerán en el olvido ni caerán en la impunidad al contrario se tendrá que asumir la responsabilidad y las consecuencias del daño recibido. Como diría años después San Ignacio de Antioquía: “Trigo soy de Dios, molido por los dientes de las fieras y

convertido en pan puro de Cristo". La justicia divina, que transforma el mal en bien, alcanzará todos los actos de persecución y de asesinato que se han cometido a lo largo de toda la historia. De esta manera Jesús deja ver una conexión entre el comportamiento del pueblo de Israel que rechaza profetas y enviados de Dios y lo que va a ocurrir con Él mismo en Jerusalén y luego con sus apóstoles, y posteriormente con tantos misioneros en el mundo hasta el día de hoy.

¡Ay de ustedes, doctores de la ley, porque han guardado la llave de la puerta del saber! Jesús deja sentir su indignación profética en nombre de Dios contra este grupo de fariseos porque su comportamiento resulta ser una falsa interpretación de la ley y todo esto a pesar de que la tarea de ellos en medio del pueblo era precisamente la de ser de guías, no obstante, resultaban desviando a aquellos que los escuchaban. Ellos tenían "la llave de la puerta del saber" pero parece que ni entraban ni dejaban entrar.

Los misioneros no podemos guardarnos aquello que hemos recibido, pues como escuchamos en la carta a los Efesios: "Él ha prodigado sobre nosotros el tesoro de su gracia, con toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad".

Luego que Jesús salió de allí, los escribas y fariseos comenzaron a acosarlo terriblemente con muchas preguntas y a ponerle trampas para ver si podían acusarlo con alguna de sus propias palabras.

Todo termina en abierta hostilidad. Jesús, quien es abiertamente amigo de los recaudadores de impuestos y de los pecadores, de los excluidos, de los impuros, no se niega a comer con un hombre que pertenece a uno de los grupos más intransigentes en la interpretación de la ley. No obstante, les hace ver cómo han desviado el camino. Han construido una religión hecha de buenas prácticas, pero sin alma liberadora y se refugian en un compromiso externo formal e intransigente, pero sin misericordia ni piedad. Han sofocado así el Espíritu que sopla donde quiere y lo han transformado en un escrupuloso aparato de recetas. Han perdido el norte de su misión que es explicar e interpretar las escrituras. Resultaron malos maestros incapaces de penetrar en el sentido de las escrituras mismas e incapaces de transmitirle a los demás el plan de amor de Dios que se revela en ellas y mucho menos reconocer al Enviado del Padre, Jesús de Nazaret, y se han apartado del plan proyectado por Dios, que como dice San Pablo es: "hacer que todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, tuvieran a Cristo por cabeza".

Viernes, 18 de octubre de 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B
San Lucas, evangelista (fiesta)
2Tim 4, 9-17b; Sal 144; Lc 10, 1-9

Celebramos hoy la fiesta de san Lucas, el evangelista al que se le atribuye el evangelio que nos ha venido acompañando casi constantemente en los últimos días. Es importante recordar que, en sus dos libros, dedicados a Teófilo (theo-philos: amigo de Dios), Lucas articula las dos partes de una misma obra sobre la Ascensión de Jesús (Lc 24,50-53; He 1,6-11). La Ascensión significa tanto la culminación del señorío de Jesús como el envío misionero de los discípulos “hasta los confines de la tierra”. Escribir un evangelio (y los Hechos) es una forma concreta de misión.

Basados en el texto del evangelio de hoy, vamos a poner de relieve la serie de los siete imperativos de un misionero (en realidad sumaríamos diez si le agregáramos los tres que aparecen en los versículos 10-12, que no leemos hoy). Así lo entenderemos un poco más a él y nos entenderemos también a nosotros mismos como discípulos misioneros. Veamos:

- “¡Rueguen!” (10,2)

El misionero es ante todo un orante. Como sucede desde Pentecostés, y se confirma en Hch 13,1-3, la misión parte de una comunidad que ora y en ese ambiente es revestida del Espíritu para enviar los que de entre ellos el Señor designe. Sin embargo, los 72 toman conciencia de que aún ellos siendo aparentemente muchos, en realidad son insuficientes: “los trabajadores son pocos”.

- “¡Pónganse en camino!” (10,3)

La actitud es estar siempre “en salida”. El misionero es consciente de que se aventura en un mundo de múltiples peligros, su vida estará siempre amenazada: “como corderos en medio de lobos”. El misionero no va a someter a los demás, él es un hombre de paz. Tal como recuerda el Papa Francisco en su mensaje para la Jornada Mundial de las Misiones de este año: “al proclamar al mundo «la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado» (EG 36), los discípulos-misioneros lo realizan con gozo, magnanimidad y benevolencia, fruto del Espíritu Santo en ellos (cf. Ga 5, 22); sin forzamiento, coacción o proselitismo; siempre con cercanía, compasión y ternura, aspectos que reflejan el modo de ser y de actuar de Dios”.

- “No lleven” (10,4^a)

El misionero viaja desprendido de todo. Hay cuatro implementos necesarios para un viaje, de los cuales él se desprende: dinero, morral para la merienda y la muda de ropa, sandalias para las caminatas largas en terreno pedregoso. Esto no quiere decir que se queda “en el aire”, su seguridad está en su fe en Dios que no lo abandona y provee sus necesidades como Padre suyo

que es. Esto es tan real que cuando Jesús les pregunte ¿"Cuando los envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿les faltó algo?", Ellos respondieron: "Nada" (Lc 22,35).

Una seguridad percibida por Pablo también, y mencionada hoy en la primera lectura: "...el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, por mi medio, se proclamara claramente el mensaje de salvación y lo oyeran todos los paganos."

- "No se detengan a saludar... en el camino" (10,4b),

Indica que el misionero viaja desprendido de todos, nada ni nadie lo distrae para responder a la urgencia de la misión.

- "¡Digan!" (10,5)

La proclamación del evangelio comienza por el saludo de la paz: "Shalom leká" (ver Jc 6,23; Lc 24,36). No se trata de un formalismo vacío sino de un don que se puede recibir o rechazar.

Este don que saben acoger la "gente amante de la paz", está asociado con la venida de la salvación. Esta paz es el don pascual de Cristo (Lc 24,36; ver también 2,14.29; 19,42; Hch 10,36). Un don lo recibe solo quien está abierto a él.

" El anuncio evangélico comienza siempre con el saludo de paz, y la paz corona y cohesiona en cada momento las relaciones entre los discípulos. La paz es posible porque el Señor ha vencido al mundo y a su conflictividad permanente «haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col 1,20)". (EG 229).

- "¡Quédense!" (10,7)

El misionero no anda buscando comodidades, por eso se le recomienda no ir de casa en casa sino "quedarse" (10,7) y allí "comer y beber lo que tengan" (10,8b).

"Quedarse" es entrar a fondo en la realidad y en el tejido relacional de ese hogar que se evangeliza para hacer irrumpir desde dentro el Reino (como Jesús con los discípulos de Emáus: "¡Quédate con nosotros!... y se quedó con ellos", Lc 24,29; o como Pablo en casa de Lidia, Hch 16,15). El misionero debe saber aceptar la hospitalidad, para él es un signo del amor del Dios providente. No sólo hay que saber dar, también hay que saber recibir.

- "¡Curen!" (10,9a)

La acción precede al discurso. El misionero se expresa primero con hechos y luego con palabras que ayudan a comprender lo sucedido. En el evangelio de Lucas son muchas las sanaciones que han hecho visible el Reino de Dios (ver 11,20). La llegada del Mesías ha podido ser reconocida por ello. Jesús coloca ahora esta tarea en las manos de sus misioneros.

- "¡Digan!" (10,9b)

Así como el Jesús viajero proclama por todas partes la "Buena nueva del Reino de Dios" (4,43), el misionero es un proclamador de la irrupción definitiva de Dios en la historia y da testimonio de

ello. La misión silenciosa de las obras necesita también de la Palabra, tal como nos lo dice San Juan Pablo II: «no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor», y sin que exista un «primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización» (Ecclesia in Asia, 19).

Tengamos presente que el Evangelio es el don más grande del que disponemos los cristianos. Por eso debemos compartirlo con todos los hombres y mujeres que están en busca de razones para vivir.

Bendigamos al Señor por el evangelista Lucas

“Esta es la nueva alianza que Dios hizo con Lucas (cfr. Jr 31,31), puso en su corazón la palabra viva y eterna (Jr 31,33).

Lo sacó de entre los griegos

para que fuera y diera fruto (cfr. Jn 15,16).

Lucas, el médico bien amado (cfr. Col 4,14),

el hermano elogiado por todas las Iglesias

por su predicación del Evangelio (cfr. 2 Cor 8,18).

Judío o griego, ya no hay distinción,

porque dice la Escritura: ‘No será confundido el que cree en Él.

Él mismo es Señor de todos, generoso para quienes le invocan’.

Vino a buscar y salvar a lo que se había perdido (cfr. Lc 19,10).

Vendrán a Él de oriente y occidente

del septentrión y del mediodía,

a tomar parte en el banquete en el Reino de los cielos (cfr. Lc 13,29)”.

(Preparado por el Monasterio Apostólico de Piedra Blanca).

Sábado, 19 de octubre de 2024
XXVIII Semana del Tiempo Ordinario – Año B
S. Juan de Brebeuf y S. Isaac Jogues, sacerdotes, y sus compañeros, mártires
(memoria libre)
Ef 1, 15-23; Sal 8; Lc 12, 8-12

Después del discurso contra los fariseos y rabinos, Lucas nos reporta una instrucción sobre el justo comportamiento de los discípulos en el mundo.

Conviene ponernos en contexto para comprender mejor el Evangelio de hoy. Los discípulos, quienes son conocidos como los "amigos de Jesús", muy pronto serán perseguidos. Pero no deben tener miedo de nada, ni de los enemigos ni del martirio, fuera de Dios, "No teman... teman más bien a..." (12,4-5), porque Dios no los abandonará (ver 12,6-7).

"...todo aquel que me reconozca abiertamente ante los hombres, lo reconocerá abiertamente el Hijo del hombre ante los ángeles de Dios; pero a aquel que me niegue ante los hombres, yo lo negaré ante los ángeles de Dios."

Dios no abandonará a sus discípulos en la persecución. Esta convicción se remarca en el pasaje que leemos hoy:

1. El Padre creador los sostendrá, así como vela por la vida de sus pajaritos (12,6-7);
2. El Hijo los respaldará a la hora del juicio final (12,8-9);
3. El Espíritu Santo los asistirá poniendo en sus labios las palabras que necesitan en el momento del interrogatorio ante el tribunal (12,11-12).

Sólo hay un "pero": Si Dios se compromete con el discípulo perseguido, entonces se le exige también al discípulo firmeza para no echar atrás: debe "reconocer" y no "negar" que es amigo de Jesús (12,8-9).

Por otra parte, quien ve en el Jesús terreno solamente a un hombre y ofende en él al "Hijo del hombre" (=Mesías), esto se le puede perdonar: "A todo aquel que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará" (12,10a); ver por ejemplo en el relato de la Pasión: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"; 23,34).

El problema grave es con aquél que se cierra definitivamente a la acción del Espíritu Santo que se manifiesta en Jesús y en los discípulos, éste estará perdido para siempre: "Aquel que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará" (12,10b).

A través de la confesión de fe de los discípulos, el Espíritu Santo estará siempre dando testimonio

de Jesús resucitado, exaltado por el Padre desde los abismos de la muerte, y conduciendo a todo hombre a la salvación. Es el Espíritu Santo quien le da a todos la posibilidad de la conversión y del perdón (ver Hch 2,32-41; 3,12-26 y 5,30-32).

Miremos entonces la consecuencia para el perseguidor: precisamente porque es a través del anuncio apostólico sobre Jesús donde obra el Espíritu Santo, aquél que rechace el "testimonio" de los discípulos no podrá ser perdonado, porque despreció la posibilidad del perdón. Esta es la "blasfemia contra el Espíritu Santo", la cual lo convierte entonces en "adversario de Dios" (como dice Hch 5,39).

Debemos orar como lo hace San Pablo, para que el anuncio sea acogido como lo que es, y a todos" les ilumine la mente para que comprendan cuál es la esperanza que les da su llamamiento, cuán gloriosa y rica es la herencia que Dios da a los que son suyos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros, los que confiamos en él, por la eficacia de su fuerza poderosa".

Lunes, 21 octubre 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 2, 1-10; Sal 99; Lc 12, 13-21

Estamos en la Semana Misionera, y las enseñanzas de Jesús continúan iluminando nuestro ser y hacer como discípulos misioneros. Los textos de hoy invitan desde la primera lectura a abandonar “los criterios de este mundo” que se mueven por “los instintos, deseos y pensamientos de nuestro desorden y egoísmo”; y nos invitan a acoger a Cristo y “la incomparable riqueza de su gracia y de su bondad para con nosotros”. El episodio del Evangelio es una excelente oportunidad para que Jesús nos redirija acorde a los criterios que emanan de la misericordia y el amor manifestados por Dios en Cristo.

Una persona en la calle aborda a Jesús para pedirle que haga de mediador en un conflicto familiar. Se trata del hermano menor que está haciendo reclamación de legítimo derecho de la herencia a su hermano mayor quien parece haberla acaparado. (12,13).

Jesús se niega a intervenir en el litigio (12,14). Con sus palabras da a entender que no se le ha dado un poder judicial para poder dirimir el asunto, pero sobre todo tiene otro argumento que ya había aparecido en el debate con los fariseos: “Eviten toda clase de avaricia” (12,15: ver 11,39) La avaricia es un indicador de vivir con “los criterios de este mundo”. Además, como dice San Pablo: “La avaricia es la raíz de todos los males” (1Tim 6, 10).

La avaricia, el amor al dinero, se expresa como un deseo a veces compulsivo, de llenarse de cosas, vivir en la “abundancia de bienes” (12,15b). Aquí entra el tema de la “vida”. ¿Qué es lo que “asegura” la vida?, es decir, ¿Qué es lo que le da contenido, alegría, plenitud? ¿Qué la sostiene aquí y qué la garantiza al final de la muerte biológica?

El rico insensato de la parábola es un hombre que desea ardientemente “vivir”, pero que en realidad camina en la dirección contraria a sus mismos propósitos: va hacia la ruina.

El rico cree estar haciendo un ejercicio inteligente cuando reflexiona sobre lo que hará para conservar su cosecha y tener la vida asegurada para el futuro: derribará, construirá, guardará allí todo lo que tiene, y se dará una buena vida, con la seguridad de que cuenta con buenas reservas. Se trata de todo un ejercicio de planificación de una empresa sostenible. Pero el que se creía inteligente en el manejo de sus recursos, terminó haciendo algo insensato; olvidó que su vida era un don, y que la “buena vida” es un don que viene de Dios y no de los bienes acumulados.

Los criterios de Dios son otros:

- Los bienes no son para uno solo sino para compartirlos. Hay que vencer la "avaricia".
- Los bienes materiales no "aseguran" la vida, solo Dios es el único que la puede dar y conservar.
- La vida terrena es limitada y finita, por eso Dios "con Cristo y en Cristo nos ha resucitado, y con él nos ha reservado un sitio en el cielo". La planificación más inteligente que podemos hacer es la de nuestro futuro en la eternidad de Dios.

El buen discípulo es el que "se hace rico de lo que vale ante Dios" (12,21), reconociendo los bienes materiales como necesarios pero relativos con relación al destino final de la vida. Todo es don de Dios. Por lo tanto, nos hacemos ricos en el "dar", incluso "dar desde nuestra pobreza" y en "hacer el bien que Dios ha dispuesto que hagamos". Esto hace nuestro corazón semejante al de Dios, con quien deseamos vivir en comunión eterna.

Martes, 22 octubre 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 2, 12-22; Sal 84; Lc 12, 35-38

Aún muchos en el mundo recuerdan con gratitud el enorme empeño misionero de San Juan Pablo II, quien hasta los últimos días de su vida terrena no dejó de predicar con ahínco y determinación la Buena Noticia de Nuestro Señor Jesucristo, pues estaba plenamente convencido que “Cristo vino para anunciar la buena nueva de la paz, tanto a ustedes, los que estaban lejos, como a los que estaban cerca. Así, unos y otros podemos acercarnos al Padre, por la acción de un mismo Espíritu”.

Las palabras inaugurales de San Juan Pablo II siguen resonando en nosotros: «¡No tengan miedo! ¡Abran - aún más - abran de par en par las puertas a Cristo!». Incluso ante la muerte, pidió a Dios para que “su pascua” fuera útil a la “causa más importante a la que trato de servir: la salvación de los hombres, la salvaguarda de la familia humana y, en ella, de todas las naciones y pueblos; que sea útil para las personas que de manera particular me ha confiado, para la Iglesia, para la gloria del mismo Dios.”

Podríamos afirmar que en la persona de San Juan Pablo II se puede contemplar a aquellos “Dichosos a quienes su señor, al llegar, encuentre en vela”.

El buen discípulo, tiene la mirada puesta en la meta. Él, con el corazón puesto en Dios (Lc 12,22-32) y en el ejercicio de la caridad (Lc 12,33-34), camina hacia la plenitud con “la túnica puesta” y con “las lámparas encendidas” (12,35) en el presente.

La parábola “de los servidores vigilantes”, que estamos leyendo hoy, presenta al discípulo precisamente como un “servidor” que sabe esperar la llegada de su “señor”. Esta parábola presenta dos momentos:

De los servidores hacia su Señor

Según la primera parte de la parábola (12,35-36), la espera del Señor se hace con “la túnica puesta (ceñida)” y las “lámparas encendidas”.

- Las “túnicas puestas (ceñidas)”. Normalmente dentro de la casa la gente andaba con la túnica suelta, sin correa; es el equivalente de estar con ropa cómoda. En cambio, “estar con el cinturón” era propio de quien estaba pronto para el trabajo o para un viaje, por ejemplo, en Ex 12,11; recordemos también que Jesús se “ciñe” para servir en la última cena.

- Las "lámparas encendidas". Las lámparas de la casa se apagaban cuando la familia se iba a dormir. Por eso "lámpara encendida" es señal de actividad en la casa. Para Mt 5,16 estas lámparas son las "buenas obras" y su irradiación evangelizadora.

Con estas dos imágenes, Jesús enseña que el discípulo que sabe vivir la "espera" es aquel que sabe "vigilar". La vigilancia es lo contrario del irse a dormir o entrar en situación de reposo. El Evangelio no permite descuido, no da espacio para la pereza, no tiene reposo. "Vigilar" es estar siempre listo para la acción, es estar siempre en forma para poder vivir los requerimientos propios del Evangelio ("túnicas ceñidas") y para irradiarlos a los demás hermanos ("lámparas encendidas"). Del Señor hacia sus servidores.

La segunda parte de la parábola (12,37-38), se refiere al premio a aquellos que "encuentre en vela" (12,37) y "esperando" (12,38). Su recompensa se describe con el máximo calificativo que da el evangelio: "¡Dichosos!". Esto quiere decir que, en su actitud de espera, de apertura al futuro de Dios, todo ser humano vive su verdadera felicidad. Y este calificativo que ennoblece el presente está seguido por un don todavía mayor en el futuro: Jesús será para él como un siervo, es decir, nos ofrece todos los dones de su servicio a lo largo de su ministerio.

La referencia a los diversos momentos de la noche nos recuerda la importancia de la perseverancia. Es fácil y común llegar a cansarse en este caminar, por eso: dichoso al que el Señor "lo encuentre haciendo lo que debe".

Miércoles, 23 de 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 3, 2-12; Is 12, 6; Lc 12, 39-48

Puede que nos llame la atención esta última frase del evangelio de hoy: "Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá". ¿Qué tenemos que no hayamos recibido del Señor? No tenemos nada. Todo proviene del Señor: nuestros padres, nuestra vida, lo que hemos adquirido durante nuestra vida, la educación, la formación, los bienes materiales y espirituales y por supuesto lo que cada uno de nosotros ha llegado a ser. La pregunta es: ¿qué hemos hecho con todo lo que hemos recibido?

Jesús nos pide que no imitemos al siervo, al que no le importa el regreso de su Señor. Escuchemos una vez más: "Si aquel criado dijere para sus adentros: "Mi señor tarda en llegar", y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles". Por supuesto, podemos pensar en el fin del mundo, pero me parece que es cada día cuando el Señor viene a nosotros, que nos desafía y nos pregunta si estamos en servicio todavía. ¿Estamos al servicio de Dios, de la Iglesia, de nuestros hermanos y hermanas?

En los relatos y discursos evangélicos no encontramos ninguna invitación a trabajar ni instrucciones sobre el trabajo. Pero se dice que Jesús era un "artesano" (Mt 6, 3), hijo de un carpintero (Mt 13, 55). Sus primeros discípulos fueron pescadores (Mt 1, 16-20), uno era recaudador de impuestos (Mt 2, 14). Se pasará de una profesión aprendida del padre, y cuya función es asegurar la subsistencia de la familia, a un oficio suscitado por una "vocación" carismática, promovida por Dios o por uno de sus portavoces, para crear una nueva actividad para el bien de la multitud, un poco como Moisés, David y otros guías de Israel. Pensemos en Eliseo y Amós, agricultores o ganaderos, que se convirtieron en profetas. Los apóstoles, por ejemplo, cambiaron su vida profesional a causa de su encuentro con Jesús, el Cristo. Este no es una forma de promoción, según los parámetros humanos. Más bien, es una llamada a convertirnos en 'siervos' del Señor para una obra de carácter espiritual, que implicará persecuciones (Mt 5, 11-12), humillaciones (Mt 23, 11-12) e incluso el don de la vida. (Mt 16, 25; 23, 34-35).

En las parábolas se mencionan varios tipos de trabajo: el sembrador (Mt 13, 3), el labrador (Mt 20, 1), el mercader de perlas (Mt 13, 45), el criado (Mt 24, 45), el administrador (Lc 16, 1), pero también la ama de casa que amasa harina (Mt 13, 33). Es una invitación a amar la diligencia en el trabajo, junto con la atención y sabiduría, cualidades que hacen fiable al siervo (Mt 8, 9; 24, 45; 25, 21). También se fomenta el sentimiento de confianza en un resultado seguro, el resultado del trabajo bien hecho (Mt 7, 24-25; 24, 46; 25, 29). No hay ningún mérito en ser digno de Dios, pues cada

uno debe considerarse un "siervo inútil", contento simplemente con haber cumplido con su deber (Lc 17, 10).

¿Necesitamos hablar del ministerio de enseñanza y sanación que los discípulos deben llevar a cabo al seguir a Jesús? (Mt 9, 37-38; Jn 5, 17; 9, 4). ¿Deberíamos comparar este trabajo con el del labrador, el sembrador, el cosechador, el pastor o el pecador? Este trabajo produce frutos, o se espera un salario, una recompensa por el servicio prestado (Mt 10, 10; 20, 2; Lc 10, 7). Pero seguramente ¿es esto una metáfora? Se valoran los compromisos de carácter espiritual. El Maestro orienta el deseo hacia recompensas celestiales duraderas que colmen de felicidad suprema.

Debemos ir más allá de la crítica de Qohelet a la vanidad de la actividad humana. "Si alguno no quiere trabajar, que no coma" (2 Tes 3, 10). Este es el consejo del apóstol Pablo. El que roba, que no robe más; más bien, que se tome la molestia de trabajar honestamente con sus manos, para tener algo que compartir con los necesitados (Ef 4, 28). No sólo debemos sustentarnos a nosotros mismos, sino también compartir con los demás, especialmente con los desfavorecidos. En este ámbito, Pablo se presenta como un ejemplo a imitar. De hecho, la obra de Cristo y de los discípulos imita la de Dios mismo (Jn 4, 34; 5, 17; 17, 4). Se convierte en modelo inspirador para todos los sectores y modalidades del trabajo humano, introduciendo no solo el principio de "servicio" (Lc 22, 26-27; Jn 13, 13-17), de "gratuidad" (Mt 10, 8; 2 Cor 11, 7), sino también de la renuncia a la acumulación de bienes (Mt 10, 10). La generosidad es fuertemente deseada, porque permite que otros se beneficien del fruto del propio trabajo (Mt 19, 21). ¿No es este compartir un signo claro de amor?

El trabajo asumido como "servicio" (diakonia) y ordenado por el Señor da frutos para todos (1 Cor 9, 22). Por eso es importante tener colaboradores, buenos colaboradores, en la preciosa tarea de anunciar el Evangelio, que sean, en definitiva, "colaboradores de Dios" (1 Cor 3, 9; Mc 16, 20). El trabajo misionero se puede comparar con el trabajo agrícola (1 Cor 3, 5-9) y/o de construcción (1 Cor 3, 10, 14). Pero hay que reconocer que sólo Dios es quien hace crecer la planta (1 Cor 3, 7). Sólo Cristo es el fundamento sólido del edificio que es la Iglesia (1 Cor 3, 11).

Por eso es importante dar gracias al Señor cuando lo que hacemos tiene éxito: "Dad gracias al Señor, invocad su nombre, | dad a conocer sus hazañas a los pueblos" (Sal 105, 1). Dilo de nuevo: "¡Sublime es su nombre!" Dios nos elige para cooperar en su misión, en la Missio Dei, aunque seamos frágiles, pecadores y pequeños. Escucha a Pablo: "del cual soy yo servidor por la gracia que Dios me dio con su fuerza y su poder. A mí, el más insignificante de los santos, se me ha dado la gracia de anunciar a los gentiles la riqueza insondable de Cristo" (Ef 3, 8). Demos gracias y que el Señor nos siga llenando de sus dones, de su Espíritu que nos hará extraordinarios trabajadores y misioneros tras las huellas de Pablo, Pedro, San Juan Pablo II, Benedicto XVI, el Papa Francisco y todos los testigos de Cristo Jesús.

Jueves, 24 de octubre de 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Memoria libre de san Antonio María Claret
Eph: 3, 14-21; Ps 33; Lc 12, 49-53

Pablo, el misionero en el mundo gentil, oró sin cesar desde su lugar de reclusión por las misiones. Está firmemente convencido, y con razón, de que la oración es una condición sine qua non para que las obras de las misiones lleguen a buen término. Por eso las Obras Misionales Pontificias (OMP) piden siempre, además de los donativos materiales, que también y, siempre, se ofrezcan oraciones por las misiones.

Por tanto, debemos aprender del ejemplo de San Antonio María Claret, “padre espiritual de Cuba”. Antes de emprender su viaje misionero, realizó tres peregrinaciones distintas a Nuestra Señora del Pilar, Patrona de España; a la Virgen de Montserrat, Patrona de Cataluña y Nuestra Señora de Fucimanya cerca de su pueblo. Al hacerlo, se estaba preparando para “prender fuego a la tierra” con el amor de Dios.

Por tanto, siguiendo sus huellas, sigamos encomendando las misiones, por intercesión de María nuestra Madre, al Señor. Amén.

Viernes, 25 de octubre de 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Eph: 4, 1-6; Ps 24; Lc 12, 54-59

La misión continúa hasta el infinito. De hecho, la inexistencia de las misiones equivale a la inexistencia de la Iglesia, ya que la iglesia por su propia esencia es misionera (cf AG 2).

Esta afirmación queda claramente demostrada por el testimonio de los primeros Apóstoles. Incluso desde el calabozo de su prisión, San Pablo insta al pueblo de Éfeso a permanecer comprometidos “con la llamada que han recibido”. Este compromiso es necesario por el hecho de que aún hoy, como resuena el salmo responsorial, todavía hay algunas personas que quieren ver el rostro del Señor.

Sin embargo, no se puede descuidar la necesidad de leer los signos de los tiempos, como advierte el Señor en el Evangelio. Por lo tanto, oramos para que el Espíritu Santo nos guíe por “nuevos caminos” en la difusión de la Buena Nueva. ¡Amén!

Sábado, 26 de octubre de 2024
XXIX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 4, 7-16; Ps 122; Lc 13, 1-9

Siempre resulta fascinante la imagen de la iglesia como un mosaico o una orquesta en la que cada persona toca un instrumento diferente, pero produciendo una melodía armoniosa. Esto muestra los diversos enfoques de una única misión. Repetidamente san Pablo en sus obras misioneras subrayó esta realidad.

En la 1ª lectura de hoy nos recuerda que algunos son apóstoles, otros profetas, evangelistas, otros pastores y maestros, pero todos están llamados a construir el Cuerpo de Cristo: la Iglesia. Este mosaico (iglesia) se compone tanto de buenos como de malos; pecadores y justos. Sin embargo, sufre una purificación continua mediante el arrepentimiento. Dios que se reveló “compasivo y misericordioso” (cf. Ex 34,6) nos invita siempre, como dice el Señor en el Evangelio, al arrepentimiento y a la purificación o a afinar la orquesta para producir músicas más melodiosas. Al hacerlo, la iglesia pasa del mal al bien; de bueno a mejor y de mejor a lo mejor.

¡¡¡Que María, Reina de las misiones, siga intercediendo por todos nosotros, ¡¡¡Amén!!!

Lunes, 28 de octubre de 2024
XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Fiesta de San Simón y San Judas, Apóstoles
Ef 2, 19-22; Ps 19; Lc 6, 12-19

“Su mensaje se extiende por toda la tierra” resume los hechos heroicos de los apóstoles y de los primeros cristianos en sus esfuerzos misioneros. Hoy celebramos a dos de estos grandes hombres; San Simón y San Judas, quienes dieron sus vidas por la difusión del Evangelio.

A esta gran empresa misionera, el Apóstol de los Gentiles, San Pablo nos dice que “ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef 2, 19). Es la llamada a la “comunidad, la participación y la misión”, como lo subraya el camino sinodal que la Iglesia está atravesando ahora. Es también una reminiscencia del tema misionero de los bautizados y enviados, en el que todos los bautizados son llamados individualmente por su nombre por el Señor y enviados a trabajar en su viña. Por lo tanto, no podemos quedarnos indecisos o permanecer inactivos en esta gran empresa.

Que por intercesión de los santos Simón y Judas, podamos decir continuamente “sí” a la llamada del Señor a difundir la Buena Nueva hasta los confines de la tierra, a través de nuestras palabras, pero especialmente a través de nuestras obras. ¡¡¡Amén!!!

Martes, 29 de octubre de 2024
XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 5, 21-33; Ps 128; Lc 13, 18-21

La parábola de la semilla de mostaza y la levadura son dos parábolas que muestran cómo la misión (reino) avanza lenta pero seguramente bajo la providencia de Dios. Se hace eco del famoso dicho de la Beata Madre Teresa de Calcuta: "hacer las cosas pequeñas con gran amor".

A veces, nuestros esfuerzos de evangelización pueden parecer minúsculos o insignificantes, pero son el grano de mostaza y la levadura necesaria para germinar o crecer para dar frutos después.

Nuestros pensamientos y oraciones están dirigidas a todos los grandes misioneros que trabajaron a veces en situaciones muy difíciles y desafiantes, para asegurarse de que se escuche el Evangelio. Ahora recae sobre nosotros la responsabilidad de mantener y seguir aprovechando sus esfuerzos. Podemos hacerlo utilizando como uno de los medios, el paradigma que nos da hoy San Pablo en la 1ª lectura; haciéndonos dóciles y sumisos a la inspiración del Espíritu Santo, y amando incondicionalmente a la Iglesia, Cuerpo de Cristo. ¡Que el Señor nos ayude ahora y siempre!
¡¡¡Amén!!!

Miércoles 30 de octubre de 2024
XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 6, 1-9; Ps 145; Lc 13, 22-30

La imagen de Jesús como predicador itinerante, en su recorrido por ciudades y pueblos, describe, desde el principio, el camino misionero de la Iglesia. La misión nunca está estancada sino más bien en movimiento.

El Señor también deja claro que la misión no es un safari ni un viaje turístico. Más bien, implica desafíos y dificultades. Es esforzarse por pasar por la puerta estrecha.

Al comienzo de su viaje a Jerusalén, el evangelista Lucas nos cuenta que Jesús partió resueltamente hacia Jerusalén (Lc 9, 51). Incluso cuando se le negó el paso por una aldea samaritana, tomó otra ruta y continuó. Esta es una clara indicación de que hay, y siempre habrá, desafíos asociados con la misión. Sin embargo, el remedio no es renunciar, sino más bien encontrar la fuerza para descubrir nuevas vías para continuar. Que el Señor conceda fortaleza y valentía a todos los misioneros. ¡¡¡Amén!!!

Jueves 31 de octubre de 2024
XXX Semana del Tiempo Ordinario – Año B
Ef 6, 10-20; Ps 144; Lc 13, 31-35

En su mensaje final, san Pablo recuerda a los fieles de Éfeso que deben sacar su fuerza del Señor y de su poder (cf. Ef 6, 10). En otras palabras, los discípulos deben estar anclados en el Señor para poder superar los obstáculos asociados con sus esfuerzos misioneros. Me vienen a la mente las palabras del mismo Señor en el Evangelio de Juan: “Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5). Así, no sólo vencemos a los “zorros” de hoy, sino que también damos mucho fruto.

La misión pertenece al Señor. Por tanto, es necesario sacar fuerzas de Él, a través de la celebración de su palabra y de los sacramentos, especialmente la Sagrada Eucaristía. En medio de los desafíos se deben ofrecer oraciones (Misas) por la misión. Tenemos la responsabilidad de solicitar Misas para quienes están en el campo de la misión. Que el Señor siga guiando, bendiciendo y manteniendo bajo su protección a todos los misioneros. ¡¡¡Amén!!!